

A modo de presentación

ANTONIO CÉSAR MORENO CANTANO

Universidad Complutense de Madrid

En el año 2017 se cumplía el octogésimo aniversario de una efeméride tan recordada y trascendental desde el punto periodístico y propagandístico como el bombardeo de Guernica (abril de 1937) por la Legión Cóndor. Este acontecimiento, que ha sido arropado por multitud de actos conmemorativos en la villa vasca, nunca hubiese alcanzado tal trascendencia a nivel internacional sin las crónicas de los corresponsales de guerra que lo presenciaron. Nuestra obra no se mueve sobre un campo yermo, pues en décadas anteriores, títulos como *España fue noticia: corresponsales extranjeros en la guerra civil* (1976), de José María Armero; *Periodismo y periodistas en la guerra civil* (1987), coordinado por Jesús Manuel Martínez; *Idealistas bajo las balas: corresponsales extranjeros en la guerra de España* (2007), de Paul Preston; o la biografía del oficial de Prensa franquista Gonzalo de Aguilera (2013), de Luis Arias González, han realizado una aproximación al tema bastante exhaustiva, pero a la que aún escapan —como es lógico, por su gran número— diferentes nombres totalmente desconocidos para el gran público, pero que en su época alcanzaron elevada fama. En 2016, el libro colectivo *Testimonios del desastre: periodistas y escritores en los campos de batalla* (publicado por esta misma editorial) completaba este mapa con personajes como Martha Gellhorn, César Muñoz Arconada, Lluís Capdevila, Keith Scott Watson o Agustín de Foxá. Nuestro título acota su análisis a una época más concreta, 1936-1945: desde el inicio de la guerra en España hasta el fin de la contienda mundial. Nuestros protagonistas, tanto nacionales como extranjeros, republicanos o franquistas, serán Alberto Martín Fernández (más conocido con el pseudónimo de *Spectator* o *Juan Deportista*), vinculado a *ABC* Sevilla, al igual que Manuel Sánchez del Arco; el corresponsal italiano de *Il Popolo d'Italia*, Luigi Barzini; los reporteros gráficos del Cuerpo de Ejército de Galicia Jaime Pacheco, Ángel Llanos y Mario Blanco; el filofascista Ernesto Giménez Caballero; Jacinto Miquelarena; el catalán Agustí Cabruja, corresponsal en el frente de Madrid de *L'Autonomista*, y el *gran testigo* de Guernica, Georges L. Steer.

Nuestro proyecto se abre con un excelente texto de Miguel Rivas sobre las particularidades lingüísticas que caracterizaron muchos de estos escritos. Para evitar

la heterogeneidad propia de las obras de carácter colectivo, como es la presente, cada capítulo seguirá una estructura similar: un estudio introductorio previo que justifique la elección de cada uno de los periodistas y corresponsales de guerra que analizamos; una breve biografía anterior al periodo bélico; su papel en la guerra civil española y la segunda guerra mundial, así como las características propagandísticas y lingüísticas de sus crónicas; y unas conclusiones. Además, aportamos en muchos casos documentación archivística inédita que saca a la luz aspectos nunca estudiados sobre sus vidas y actividades. Esta ingente tarea ha sido realizada por un excelente grupo de investigadores y profesores universitarios, expertos en el campo de los medios de comunicación social, la historia cultural y bélica, materias todas ellas que confluyen en los ejes sobre los que gravita nuestro manuscrito.

Llegados a este punto, muchos de nuestros lectores se preguntarán: pero ¿qué era un corresponsal de guerra? Las interpretaciones son muy diversas según el contexto y la naturaleza política de cada país. Nos parecen sumamente acertadas, en este sentido, las palabras del investigador Francisco Manuel Vargas al referirse a ellos:

Un profesional que informa de lo que pasa en el frente de batalla o en las retaguardias de los países en conflicto, que ve cómo los acontecimientos se desarrollan ante sus propios ojos; pero, evidentemente, la exactitud en los datos que transmite no tiene por qué ser total. No hay que olvidar que muchas veces se limita a transmitir informaciones que otros dan (gobiernos, militares, fuerzas políticas, informantes), y que pueden ser propaganda.¹

Este corresponsal, que escribe de forma inmediata a los hechos, muchas veces interpreta erróneamente los acontecimientos o simplemente no da respuestas porque no plantea preguntas, como tampoco encuentra contestación a las formuladas. Si quería permanecer en las zonas bajo tutela rebelde, por ejemplo, debía amoldarse a unas reglas y normas que dificultaban su trabajo, y que llevaban a plantearse si su cometido tenía algún sentido si únicamente seguía la corriente informativa construida por el mando militar y las autoridades periodísticas gubernamentales. ¿Era más conveniente sujetarse a estas limitaciones, pues eran la única manera de seguir desempeñando su trabajo? ¿O era más ético mostrar la realidad tal cual se contemplaba en los frentes sin obedecer las directrices establecidas, so pena de expulsión o incluso ejecución?

Una posible respuesta a estos interrogantes la podemos hallar en la obra de Phillip Knightley, que al meditar sobre cuál debía ser el deber de un corresponsal de guerra explica que este tiene que centrarse en recoger los hechos y escribirlos

¹ Francisco Manuel Vargas Alonso: «Camino de Armagedón: corresponsales de guerra y conflictos bélicos (1936-1939)», en VV. AA.: *El papel de los corresponsales en la guerra civil española*, Guernica (España): Gernika Lumoko Udala, 2003, p. 154.

interpretando lo que significan para la guerra, sin permitir que los sentimientos personales respecto a dicha guerra afloren en sus relatos y, por tanto, dejando de un lado la ideología política del propio informador. Sin embargo, concluía de manera pesimista anotando que nadie podía ser objetivo, si es que realmente lo que se perseguía era esta condición.²

Dentro del pensamiento del estamento periodístico de la Nueva España, la misión del corresponsal estaba claramente apuntada:

Fundamentalmente la misión de un corresponsal es informar al lector sobre los avatares y la vida del país en que está destacado subrayando aquellos aspectos que puedan servirle de ejemplo y aquellos otros que puedan servirle de escarmiento, pues en última instancia el corresponsal no es sino la correa de transmisión entre dos experiencias distintas y, en este sentido es un diplomático que trabaja para el público en vez de para el Gobierno.³

Sin embargo, en estos preceptos habría que sustituir «el trabajo para el público» por el «trabajo para el Estado», pues los corresponsales cumplían, además de la función periodística, una importante labor propagandística y social.

El periodista-corresponsal, como se decía desde la *Gaceta de Prensa Española*, desarrollaría un trabajo eficaz cuando fuese capaz de aunar dos mundos, dos mentalidades, es decir, cuando el lector «abarca desde aquí, por virtud de la crónica leída, lo que es aquello, lo que allí sucede».⁴ Se requería, en consecuencia, un desdoblamiento de la personalidad en favor del público, porque el corresponsal debía corregir el interés local por el de la base de partida, por el que alienta al público. En caso contrario, el corresponsal, arrastrado por el clima en el que vivía, perdía la intuición del contraste que en el pasado le rentaba buenas noticias y su crónica acababa «marchitándose».⁵ Por tanto, era necesario presentar la *verdad* al lector

[...] arropada en una vestimenta apropiada, porque si no, la tradicional verdad al desnudo correría un grave peligro de ser vestida *a su moda* por el más oportuno en el manejo de la tijera. Precisamente este afán de vestir la verdad de cada beligerante origina esa otra guerra feroz de la propaganda.⁶

Se resaltaba que estaría encaminado al fracaso también cuando, en vez de comunicar lo que ve, tiene que conformarse con transmitir lo que le hacen ver, «jus-

² Phillip Knightley: *Corresponsales de guerra*, Barcelona: Euros, 1976, p. 146.

³ Nicolás González Ruiz (coord.): *El periodismo: teoría y práctica*, Barcelona: Noguer, 1953, p. 374.

⁴ Miguel Moya Huertas: «Teoría y técnica del corresponsal español en el extranjero», *Gaceta de la Prensa Española*, 1943, p. 585.

⁵ *Ibidem*.

⁶ Juan Alberti: «Periodismo de guerra», *Gaceta de la Prensa Española*, 1943, pp. 299-300.

tamente aquello que no interesa a los lectores». ⁷ Para argumentar esta idea, a todas luces contraria a la política seguida por los departamentos de prensa española durante la guerra, Moya ponía como ejemplo el libro de Ismael Herráiz sobre el fascismo italiano, cuya publicación fue torpedeada por la censura romana hasta la caída de Mussolini. ⁸ Todas estas recomendaciones no tendrían ningún efecto si los corresponsales no disponían de una comunicación rápida y eficiente, un dominio exacto del idioma y la historia del país donde estuviese acreditado y, por supuesto, una situación económica que le permitiese «moverse y alternar». ⁹

Al corresponsal, como periodista que era, no solo le correspondía informar sino también, en la medida de sus posibilidades, *formar* a los demás. Esta base de partida solo podía aplicarse a aquellos corresponsales cuyos países de procedencia interpretasen su función de acuerdo a un planteamiento más social que el estrictamente informativo. El *modo de ser* del periodista español, para Eusebio García-Luengo, se acogía con plenitud a esta visión, ya desarrollase su misión en el interior como en el exterior de España. La noticia, a partir de este paradigma, no era más que un medio en relación con un fin, pues lo que se presentaba como simple información tenía una significación más profunda, en tanto era el claro reflejo del bagaje político, social, filosófico y ético del corresponsal; en definitiva, la plasmación de su doctrina:

¿No es la educación popular parte primordial de la política de un Estado? Pues el periodista velará para que de ella se obtenga la armonía moral y la solidaridad de todos los españoles en la veneración y exaltación de las virtudes históricas de nuestro pueblo. ¹⁰

A los corresponsales que no participaban de este ideal se les exigía un acto de responsabilidad, pues con sus noticias y crónicas «pueden contribuir por ignorancia, frivolidad o pasión a cualquier manera de incompreensión u hostilidad entre las naciones». ¹¹ Para evitar esta posible «incomodidad», estaban preparadas las tijeras de los censores y la presencia intimidatoria de los oficiales de prensa, «policías informativos del corresponsal de guerra».

Otra limitación con la que tuvieron que convivir estos corresponsales fue la imposibilidad de realizar cualquier tipo de predicción sobre el desenlace de una batalla u operación bélica de importancia. El Cuartel General de Franco les exigía una crónica desprovista de cualquier futurible, sin insinuación posible de lo que podía acontecer en los frentes de combate:

⁷ Miguel Moya Huertas: «Teoría y técnica del corresponsal...», p. 585.

⁸ *Ibidem*.

⁹ Nicolás González Ruiz: *Enciclopedia del periodismo*, Madrid: Noguer, 1966, p. 383.

¹⁰ Eusebio García-Luengo: «Misión social del periodista», *Gaceta de la Prensa Española*, 1943, p. 3.

¹¹ *Ibidem*, p. 4.

No obstante las normas dadas, que son las de censura, a que deben ajustarse las crónicas de guerra, insisten excesivamente los cronistas, por lo que a operaciones se refiere, en señalar objetivos futuros, insinuar orientaciones, que aun cuando a veces salta a la vista su inmediata consecuencia, nada justifica su exposición, puesto que está repetidamente ordenado que se abstengan de toda predicción. Abandonan en cambio lo que naturalmente debe darse al lector, que es cuanto sea reflejo y emoción de batalla, episodios de relieve en el combate realizados individual o colectivamente, incidencias de ocupación de pueblos, entrevistas con elemento civil, prisioneros, etc., etc.¹²

Opiniones dispares provocó entre los mandos franquistas la actuación de los periodistas extranjeros, cuyo juicio se realizó atendiendo al país de origen de estos así como al hecho de que fuesen partidarios de la causa golpista. De los periodistas franceses se resaltó su afán investigador y competencia, ya que confeccionaban una crónica de aspecto literario, con profundidad de estudio y un buen conocimiento de la situación bélica. Por otra parte, los ingleses eran retratados como «aburridos y ausentes», pues se limitaban a copiar el comunicado oficial del frente para escribir sus crónicas. Los estadounidenses sobresalían por su mecanismo reglado, por su manejo global de la pluma y la máquina fotográfica. Mención aparte merecían los periodistas alemanes e italianos, que marchaban encuadrados en sus respectivas organizaciones militares y disponían de formidables equipos de radio, fotografía, teletipos... Eran la envidia del resto de periodistas, incluidos los españoles.¹³

Se estableció un doble criterio para valorar el papel y objetivos de los corresponsales. Si estos eran españoles y, por tanto, poseedores de una función que trascendía la periodística y encaminada al encuadramiento ideológico del lector, debían esforzarse por transmitir la realidad objetiva de lo que contemplasen en el exterior. La única salvedad era dotar a la crónica de un colorido tapiz que atrajese la atención del público español. En cambio, los periodistas extranjeros, adscritos a países exentos de este ideal de la información como instrumento de educación popular, debían ser cuidadosamente vigilados, ya que podían mostrar una peligrosa verdad de lo que sucedía en los campos de batalla peninsulares. Por tanto, no solo cabía un ejercicio de autocensura en estos casos, sino una función vigilante inherente al Estado.

¹² Reproducido en Joan Mari Torrealdai: *La censura de Franco y el tema vasco*, Donostia: Fundación Kutxa, 1999, p. 34.

¹³ Juan Alberti: «Periodismo de guerra...», pp. 302-304.